



VIOLENCIA Y TRAZOS DE MEMORIA

CHUNGUI

Gilberto Jiménez

IEP Instituto de Estudios Peruanos

30 años
COMISEDH
COMISION DE DERECHOS HUMANOS

ded
Deutscher
Entwicklungsdienst

rfd

CHUNGUI

Violencia y trazos de memoria



CHUNGUI

VIOLENCIA Y TRAZOS DE MEMORIA

Edilberto Jiménez

IEP Instituto de Estudios Peruanos

30 años
COMISEDH
COMISIÓN DE DERECHOS HUMANOS

ded **rfd**
Deutscher
Entwicklungsdienst

Serie: Arte y Sociedad, 2

Agradecemos el auspicio de la Universidad de Montreal a esta publicación.

- © EDILBERTO JIMÉNEZ QUISPE
- © IEP INSTITUTO DE ESTUDIOS PERUANOS
Horacio Urteaga 694, Lima 11
Telf. (511) 332-6194 / Fax (511) 332-6173
Correo-e: <publicaciones@iep.org.pe>
Web: <www.iep.org.pe>
- © COMISEDH Comisión de Derechos Humanos
Horacio Urteaga 704. Jesús María- Lima 11
Teléfono: (511) 4314334 / Fax (511) 423-3873
Correo-e: <oficina.lima@comisedh.org.pe>
Sede en Ayacucho: Jr. Callao 222 Ayacucho- Perú
Teléfono: (066) 311-764
Correo-e: <oficina.ayacucho@comisedh.org.pe>
- © DED Servicio Alemán de Cooperación Social-Técnica
Programa Servicio Civil para la Paz (ZFD)
Calle Los Manzanos 119, San Isidro, Lima 27
Casilla Postal 18-1013. Lima 18
Teléfono: (51-1) 264 4490 / Fax: (51-1) 264 5512
Correo-e: <per@ded.de>

ISBN: 978-9972-51-248-3

ISSN: 2072-6112

Impreso en Perú

Primera edición: COMISEDH, Lima, julio de 2005.

Segunda edición: IEP / COMISEDH / DED-ZFD, Lima, julio de 2009
1000 ejemplares

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú: 2009-08749

Registro del proyecto editorial en la Biblioteca Nacional: 11501130900495

Prohibida la reproducción total o parcial del contenido y de las características gráficas de este libro por cualquier medio sin permiso de los editores.

JIMÉNEZ QUISPE, Edilberto

Chungui: violencia y trazos de memoria. Lima: IEP, COMISEDH, DED, 2009.
(Arte y Sociedad 2).

VIOLENCIA; TERRORISMO; COMISIÓN DE LA VERDAD Y RECONCILIACIÓN; MEMORIA; SENDERO LUMINOSO; FUERZAS ARMADAS; TESTIMONIO; RETABLOS; ARTES PLÁSTICAS; PERÚ; AYACUCHO.

W/05.05.02/A/2/



Este libro constituye un homenaje a la memoria
de don Florentino Jiménez Toma,
maestro inolvidable del arte popular peruano.

Los editores

A mi padre

Florencio
Jiménez Toma

quien cerró sus ojos para
siempre el 20 de abril de
2005, al lado de mi madre
Amalia Quispe Sulcaraymi
pidiendo a sus hijos Nicario,
Claudio, Edilberto, Odón,
Eleudora, Mabilón y Neil que
siempre estemos juntos.

CONTENIDO

13	PRESENTACIÓN a la segunda edición
15	PRESENTACIÓN Pablo Rojas
18	PRÓLOGO Carlos Iván Degregori
36	ENSAYO INTRODUCTORIO Abilio Vergara
68	RECONOCIMIENTOS DEL autor
74	Datos básicos
88	La violencia
131	TRAZOS Y testimonios
319	Cronología
407	Glosario
411	Bibliografía

PRESENTACIÓN a la segunda edición

La primera edición de *Chungui, violencia y trazos de memoria* se agotó rápidamente. Publicado por la Comisión de Derechos Humanos (COMISEDH) en 2005, el libro fue uno de los primeros sobre memorias de la violencia publicados luego del Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (2003), y el más innovador por su inédita combinación de estremecedores testimonios y dibujos.

Desde entonces, y contra muchos pronósticos, las “batallas por la memoria” en torno al conflicto armado interno que vivió el país entre 1980 y 1999 han arreciado. Y Chungui, uno de los distritos más golpeados por la violencia en todo el país, debe ocupar un lugar central en estos debates. Es por ello que el Instituto de Estudios Peruanos y la Comisión de Derechos Humanos (COMISEDH), con el auspicio del Servicio Alemán de Cooperación Social-Técnica (DED) a través de su programa Servicio Civil para la Paz (ZFD) y el apoyo de la Universidad de Montreal, publicamos esta segunda edición, corregida y aumentada, que incluye mapas, nuevos testimonios y dibujos, así como algunos datos sobre la evolución de Chungui después de la violencia y su situación actual: un distrito ayacuchano con una superficie equivalente a la cuarta parte de la región Tumbes, abandonado a su suerte, al margen del *boom* económico que vive el país, pero al mismo tiempo resiliente y luchando por reconstruir una vida digna para sus habitantes.

Un comunicado publicado en España en medio del debate desatado alrededor de la Ley de Memoria Histórica promulgada en ese país en 2006, se titula: “Para pasar la página, primero hay que leerla”. La frase es muy pertinente para el Perú de hoy, donde algunos reclaman voltear la página, olvidar y concentrarse en el crecimiento del PBI como panacea. Lean primero estas páginas.

LOS EDITORES

PRESENTACIÓN

Pablo Rojas

Chungui: violencia y trazos de memoria es el resultado de largos años de investigación de Edilberto Jiménez Quispe. Natural de Alcamenca, provincia de Víctor Fajardo, en Ayacucho, Jiménez se formó como antropólogo social en la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga. Proviene de una reconocida familia de artistas ayacuchanos, es hijo del maestro retablista Florentino Jiménez Toma, quien dejó de existir en abril de 2005. Edilberto dedica este libro a su padre, como un homenaje póstumo al hombre que guió sus pasos en la vida y en el arte.

Jiménez es también uno de los maestros de la retablería ayacuchana que, dejando el tradicionalismo de lado, convirtió su arte en una forma poderosa de denuncia y protesta de las atrocidades cometidas durante la violencia en Ayacucho. Sus trabajos han merecido varios premios nacionales y ha participado en numerosas exposiciones de arte a escala nacional e internacional. Sus dibujos sobre Chungui han sido reconocidos en exposiciones internacionales como las realizadas en Núremberg (2004) y Tokio (2005).

Chungui es un distrito de la provincia de La Mar, Ayacucho, cuya parte sur es más conocida como “Oreja de Perro”. En 1981, Sendero Luminoso incursionó en esta región y dio inicio a uno de los episodios más cruentos en la historia de la violencia vivida recientemente en el país. El conflicto armado interno se desarrolló allí hasta límites inenarrables y dejó profundas y dolorosas secuelas.

En 1996, cuando Jiménez trabajaba para el Centro de Desarrollo Agropecuario (CEDAP) Ayacucho, llegó por primera vez a Chungui como promotor de comunicación y cultura de esta organización. Tomó contacto con la magnitud del horror de la violencia en esta región y escuchó conmovido los testimonios de sus pobladores. Guiado por su sensibilidad e interés por los derechos humanos, fue acopiando información y trazos iniciales en su libreta de campo, con las imágenes que surgían de los relatos que escuchaba. Estos bocetos, más tarde, fueron completados y se convirtieron en los dibujos que han logrado perennizar la palabra de las víctimas.

También realizó un trabajo de búsqueda y ubicación de fosas clandestinas, así como un registro preliminar de víctimas de la violencia en la zona que se constituyó en un valioso documento entregado a la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR), en la sesión pública que esta realizó en Chungui. Posteriormente, Jiménez fue convocado por la CVR para integrar su equipo de profesionales. Entonces se ocupó de recoger testimonios y participó en el equipo de investigación de la historia local de la violencia en Chungui.

Entre el 2003 y 2007 fue miembro del equipo de investigación de la Comisión de Derechos Humanos (COMISEDH). Participó en el registro regional de sitios de entierro en Ayacucho —completando el trabajo de la CVR—, en talleres diversos sobre derechos humanos para poblaciones rurales, e implementó una muestra itinerante con sus dibujos sobre Chungui que recorrió las comunidades campesinas de Ayacucho, como parte de las actividades de difusión del Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación que COMISEDH realizó. En los años 2006 y 2007 participó en una singular experiencia desarrollada por COMISEDH en la recuperación de las memorias de los pobladores de Lucanamarca, Ayacucho.

Los dibujos de Jiménez, realizados a manera de figurillas de los retablos ayacuchanos, nos transportan a través de las memorias de los pobladores de Chungui a los inicios del conflicto armado interno, cuando las escuelas públicas fueron utilizadas por Sendero Luminoso para adoctrinar a los jóvenes de esta zona. Nos permite apreciar la transformación de la cotidianidad de los pobladores con el control absoluto impuesto por el senderismo, sus abusos, saqueos y asesinatos, el ingreso de las fuerzas policiales y militares a la zona, las masivas violaciones de los derechos humanos, los

arrasamientos de comunidades y la constitución de las rondas campesinas, en una escalada sin límites de la violencia en la cual la población fue objeto del más cruel ensañamiento de unos y otros.

El Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación señala que la violencia en Chungui, junto con la que sufriera el pueblo asháninka, fueron las más cruentas y devastadoras, llegando a extremos de inhumanidad que las palabras son incapaces de describir. Los dibujos de Edilberto Jiménez nos permiten acercarnos a esos extremos que constituyeron la cotidianidad de la tragedia que viviera Chungui.

El presente trabajo es una invalorable contribución a la reconstrucción de la memoria del pueblo de Chungui y, a través de ella, de la memoria de todos los peruanos, para que la historia no vuelva a repetirse y para hacer posible un país diferente.

Agradecemos, finalmente el apoyo del Servicio Alemán de Cooperación Social-Técnica y de su programa Servicio Civil para la Paz (ZFD).

Esta edición no hubiera sido posible sin la colaboración y trabajo de Carlos Iván Degregori, Víctor Vich y Carola Falconí.

PRÓLOGO
Carlos Iván
Degregori

EDILBERTO JIMÉNEZ

Una temporada en el infierno

EDILBERTO JIMÉNEZ es el mejor retablista joven del Perú. Nacido en Alcamenca,¹ Ayacucho, hijo de don Florentino Jiménez Toma, uno de los grandes maestros del retablo peruano del s. XX, Edilberto es heredero de una tradición familiar que se remonta a varias generaciones de artistas y que continúa renovada por él y sus hermanos.

La obra de Edilberto Jiménez alcanzó su madurez durante los años más terribles de la historia de Ayacucho. La violencia que azotaba por entonces su tierra natal, epicentro de la producción retablista en los Andes contemporáneos, irrumpió en sus retablos sin estridencias ni concesiones a un mercado que, con cierta dosis de morbosidad, había comenzado a generar demanda por el tema. Aparte de su valor artístico, retablos como “El sueño de la mujer huamanguina”, “La muerte”, “Los condenados” y “Mujer en el cementerio” destilan sinceridad y expresan de manera hasta hoy inigualada el dolor y el sufrimiento del pueblo ayacuchano en esos años. Al mismo tiempo, confirman la calidad de un artista que ya desde antes había ido incorporando plasticidad y movimiento en las pequeñas figurillas del retablo como ningún otro retablista ha logrado hacerlo.²

Fue en la década de 1990 que Edilberto, quien es también antropólogo egresado de la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, comenzó a visitar la provincia de La Mar como promotor e investigador

-
1. Provincia de Víctor Fajardo. Véase el mapa 1.
 2. Para una revisión amplia de la obra artística de Edilberto Jiménez, véase el artículo de Abilio Vergara en este mismo volumen.



Mapa 1: Departamento de Ayacucho con sus provincias

de campo del Centro de Desarrollo Agropecuario de Ayacucho (CEDAP). En esa condición llegó a Chungui y recorrió el distrito, especialmente la zona sur, bautizada por las Fuerzas Armadas en la década de 1980 como Oreja de Perro.³ Según el *Informe Final* de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR), allí y en los territorios asháninka el conflicto armado interno alcanzó sus cotas más altas de intensidad y atrocidad.⁴ Entre 1983 y 1994 se produjeron en Chungui 1384 víctimas entre muertos y desaparecidos, 17% de la población que tenía el distrito

3. Si se ve el mapa 2 se advierte que la forma de Ayacucho se asemeja a la de un perro sentado. El distrito de Chungui correspondería a su oreja; de allí el nombre.

4. Véase: *Informe Final*, CVR, <<http://www.cverdad.org.pe>>, tomo V, capítulo 3.



Mapa 2: Provincia de La Mar, Ayacucho, conocida como Oreja de Perro

hace 25 años.⁵ Si la violencia hubiera azotado con la misma intensidad la capital, en Lima hubieran desaparecido por completo los distritos de La Molina, Miraflores, San Isidro, Surco, Surquillo, Villa María del Triunfo y Villa El Salvador. Guerra del fin del mundo, apocalipsis, holocausto: ningún adjetivo resulta en este caso hiperbólico.

Cuando la CVR comenzó sus tareas en agosto de 2001, Edilberto entró a formar parte del equipo que trabajó recogiendo testimonios en Ayacucho. Imbuido como sus compañeros de una mística que iba mucho más allá del compromiso laboral, regresó a Chungui, recorriendo prácticamente todas sus comunidades y centros poblados, recogiendo testimonios y ubicando sitios de entierro en una geografía extremadamente difícil, pues en un territorio relativamente pequeño incluye punas, zonas quechua, quebradas que bajan a las cálidas orillas del río Pampas y hacia la ceja de selva del valle del río Apurímac y Ene (VRAE).

La realidad que se iba dibujando ante sus ojos llevó a Edilberto Jiménez a romper los moldes de sus dos profesiones. El antropólogo y el artista plástico tuvieron que inventar nuevas herramientas para reconstruir la historia, hilvanar las memorias y expresar el dolor y el horror de lo sucedido en Chungui.

5. Véase: "Un pueblo en el centro del dolor". *El Comercio* 10 de julio de 2005: A8.

Carlos Iván Degregori

Jiménez sintió que los retablos eran una forma de expresión que requería cierta distancia y en todo caso más tiempo que el disponible en esa suerte de “etnografías de urgencia” que desarrolló la CVR.⁶ Las delicadas figurillas tridimensionales y multicolores de los retablos podían esperar, ya vendría el tiempo de expresar también a través de ellas el dolor de Chungui. Pero durante el trabajo de campo, una manera más rápida y participativa de expresarse fueron los dibujos en blanco y negro, realizados en conversación y consulta con los testimoniantes. Como afirma el propio Edilberto:

Cada dibujo tiene una historia. [En su forma final] algunos se hicieron en Chungui, otros en Ayacucho, Lima, los últimos en Tokio. Pero mis apuntes los hice al lado de los comuneros y ellos me indicaban cómo habían sucedido los hechos y yo hacía las anotaciones y así no llegaba a utilizar a veces la grabadora.

Así surgió la colección de dibujos alternados con testimonios que constituyen la columna vertebral del presente volumen. Y de esta manera, posiblemente sin haber leído los novísimos planteamientos sobre etnografías colaborativas,⁷ Edilberto desarrolló una variante inédita de las mismas. En su caso, los antiguos “informantes” no se convirtieron en coautores de sus textos sino de sus dibujos, que ilustran y expresan de otra forma el contenido de los testimonios, intensificando y ampliando la potencia del relato desde “lugares de visión”⁸ inexplorados.

El conjunto propone otra manera de conocer y de sentir lo sucedido en Chungui y en el Perú rural en general durante los años del conflicto. Así, abrir las páginas de este libro es descender por los círculos de nuestro propio infierno. Todo comienza de una forma que se reitera en centenares de testimonios recogidos por la CVR a lo largo y ancho del país: “En el principio éramos pobres pero felices”. En este caso, los chunguinos aparecen bailando su danza distintiva, el *llaqta maqta* (ver dibujo en p. 317). Sabemos que se trata de un pasado idealizado, que la situación estaba muy lejos de ser armónica, que la pobreza y el abuso reinaban en la comarca. Pero teniendo en cuenta lo que vino después, la idealización cobra sentido. Porque en Chungui se vivió un proceso de deshumanización en el sentido literal de la palabra. Muchas de las barreras que supuestamente separan a la civilización de la barbarie, a la cultura de la naturaleza, al *homo sapiens* del resto del mundo animal, resultaron derrumbadas o resquebrajadas.

Las comunidades fueron desarticuladas, sus autoridades desconocidas y en muchos casos asesinadas. Las familias fueron quebradas sistemáticamente, separando a padres de hijos, imponiéndoles incluso nuevos nombres a los pueblos y a las gentes. Los individuos fueron sometidos para controlar hasta sus sentimientos más íntimos. En el colmo del delirio, estaba prohibido entristecerse aun en medio de las mayores desgracias; y prohibido llorar, incluso en el momento de presenciar el asesinato de familiares, vecinos o amigos.

6. Treinta y dos de esas “Historias ilustrativas de la violencia” se encuentran en el tomo V del *Informe Final* de la CVR.

7. Véase, por ejemplo, Rosa Isalde Reuque Paillalef (2002). Sobre historia oral colaborativa puede revisarse, Alessandro Portelli (1991).

8. Juego con el concepto “lugares de enunciación”, muy utilizado en la antropología reciente.

Toda la compleja humanidad construida por los chunquinos en condiciones sumamente adversas, fue sacrificada en el altar del “pensamiento Gonzalo”, como el costo necesario para erradicar lo viejo y construir al “hombre nuevo” dentro de una “nueva sociedad”. Pero en la práctica, en las llamadas “retiradas”, en los “montes locales” donde Sendero Luminoso obligó a replegarse a los pobladores bajo su control, la construcción de esa nueva sociedad se convirtió en el descenso a simas cada vez más profundas de un infierno inédito en la historia del Perú y América Latina.

El desplazamiento desde los centros poblados hacia el monte o la puna fue percibido por los propios chunquinos como el repliegue desde la cultura hacia la naturaleza. Esta percepción se repite en muchos testimonios:

Nos obligaron a vivir ocultos como animales en el monte, con hambre, con sed y muertos de frío. No pudimos llevar nuestras cosas, solamente con nuestra familia, cargamos lo poco que pudimos junto con nuestros hijos, algunas frazaditas, pellejos, ollitas, papitas y maicitos. La mayoría se fueron a los montes [bosques de selva alta] y pocos a los cerros. Los compañeros dijeron que el que no hacía la retirada era un traidor al Partido y al pueblo, un miserable que merecía la muerte. Por el miedo hicimos nuestras chocitas en los montes, otros sus “toldos” (campamentos) debajo de los montes, escondidos, allí vivíamos como animales [...]. Ante cualquier ruido nos quedábamos en silencio y cuando llegaban helicópteros corríamos a ocultarnos en el monte, éramos como venados; así era la vida [...] (ver dibujo y testimonio en pp. 146 y 147).

Etapas de ese repliegue fueron la decadencia y desaparición de la agricultura y la ganadería, incluyendo el exterminio de los animales domésticos: “[...] decían que las [gallinas] hacían bulla y por eso nos obligaron a matarlas”. También los perros, “pues ladraba el perro y decían que los militares muy fácilmente nos encontrarían” (ver dibujo y testimonio en pp. 148 y 149). Y luego, ya reducidos a la condición de silenciosos recolectores, el regreso a las épocas previas a la utilización del fuego, la ruptura de las distinciones entre lo crudo y lo cocido, entre la suciedad y la higiene, con los piojos omnipresentes como marca dolorosa de su nueva condición:

Comíamos cualquier cosa [...] no podíamos asearnos, hemos estado apestando, no teníamos jabón ni Ace [...] por eso los piojos nos llenaban y piojosos estuvimos. Los niños huérfanos eran los más piojosos [...]. En nuestras cabezas también estaban los piojos negros como de chanchos, porque nuestros cabellos eran grandes y sucios [...]. Al vivir ya como animales en cuevas, montes, y por dormir juntos como perros o chanchos, nos exterminaban los piojos blancos y negros. Nuestro mal olor se sentía a lo lejos (ver testimonio y dibujo en pp. 220 y 221).

Y al final del camino, el hambre, la enfermedad y la muerte:

Yo llegué con la tropa, como sanitario, en 1987. No lo podía creer, era una pena ver a los detenidos que estaban totalmente desnutridos y enfermos, sus rostros eran de color amarillento como de muertos. Existía una epidemia de tifoidea por comer cosas sucias [...] y morían casi diariamente. La pulmonía les hacía arrojar sangre y les mataba. Procesos gastrointestinales mataban a la mayoría de los niños. Como vivían en los montes, el paludismo siempre estaba con ellos por picazón de los zancudos [...] (ver dibujo y testimonio en pp. 224 y 225)

Muerte producida por la estrategia descabellada de Sendero Luminoso, pero también provocada a discreción por los subversivos, que obligaron a transgredir tabúes inmemoriales; a matar gallos y perros, pero también a los propios hijos de los campesinos:

Cuando venían los militares, los niños tenían que estar calladitos, sin hacer bulla. Pero a veces el hambre, la sed, hacía que los niños lloren. Por eso los jefes de los senderistas ordenaron matar a todos los niños en Huertahuaycco. A las mujeres les obligaron a matar a sus hijos, pero después ellos mismos los mataron ahorcándolos con soguillas y también con sus manos les aplastaron sus cuellitos. Las mamás no podían detenerlos porque también les amenazaban con matarlas. Solo lloraban de miedo, otras se tapaban los ojos mientras que a sus bebés los mataban (ver testimonio y dibujo en pp. 228 y 229).

1. ¿Por qué tanta violencia?

Según Abilio Vergara,⁹ el motor de esta economía de la violencia, que entre 1984 y 1987 se asemeja a un *potlatch* de vidas humanas,¹⁰ se encuentra por el lado de SL en la ideología y por el de las FFAA en la historia. Añadiría que para el campesinado que se agrupó en los comités de autodefensa más agresivos, los motores de la violencia fueron la fragmentación de la sociedad rural y específicamente de las comunidades, así como el pragmatismo convertido en esa situación límite en estrategia de supervivencia o de depredación.

Pero la ideología, la historia o la fragmentación de la sociedad rural son solo un marco general que no llega a explicar totalmente la intensidad de la violencia y el excedente de crueldad que constantemente la acompañó. Como lo constata una extensa literatura, siempre habrá un fondo inexplicable en crímenes atroces como los que reseña el libro, pero hasta donde es posible comprenderlos, consideramos que además de otras causas señaladas también por Vergara, en especial el miedo, la causa mediata de esa espiral de violencia la constituyeron las estrategias militares de los principales contendores.

Ambas fueron estrategias que no respetaban las leyes de la guerra y, por consiguiente, no tenían como objetivo ahorrar vidas civiles: de ciudadanos y ciudadanas peruanos en el caso de las FFAA; o de supuestos “suje-

9. Véase su artículo en este mismo volumen.

10. *Potlatch* significa “regalo” y describe un intercambio competitivo de dones, en el cual los que contienen por obtener más rango social organizan complejas festividades que incluyen grandes distribuciones de bienes. Fueron los pueblos originarios de la costa oeste de América del Norte los que le dieron al *potlatch* su notoriedad y nombre. Franz Boas y otros antropólogos que lo observaron entre los *kwakiutl* hace ya más de un siglo, se asombraron porque el *potlatch* incluía la destrucción por el fuego de grandes cantidades de bienes. Se le consideró un “derroche irracional”, pero observadores posteriores constataron que el *potlatch* no fue siempre así sino que, acorralados los *kwakiutl* por el avance de los colonizadores europeos, había derivado en esas destrucciones masivas en las cuales “una cultura celebraba su autodestrucción”. Tal vez la estrategia de derroche de vidas de SL (“el triunfo de la revolución costará un millón de muertos”, anunció Guzmán) era en cierto modo una estrategia autodestructiva y la respuesta del Estado tuvo que ver también con la autodestrucción de la democracia, recuperada en 1980, y anunciaba el autgolpe de 1992 y la destrucción masiva de instituciones de la cual todavía no logramos recuperarnos.